

Tan próspero como estimulante

LUGAR: Teatro "Sierra de Aracena" y la iglesia del Castillo.

INTÉRPRETES: Huggett, la Orquesta barroca de Sevilla, el Coro barroco de Andalucía, "Tempus", Barto, "Lux Orphei", la camerata "Iberia" y "More Hispano".

PROGRAMA:

Música de los siglos XIII al XVIII.

ASISTENCIA: Tres cuartos del aforo.

VALORACIÓN DEL PÚBLICO:

Muy notable.

Encima de ese prodigio natural que son las Grutas de las Maravillas se erige el Castillo de Aracena, un marco ideal ubicado en plena Sierra de Huelva, predilección de los organizadores de una Muestra de música antigua que una semana al año congrega a todo melómano para recreo intenso y prolongado con la tradición más selecta de un repertorio comprendido entre los siglos IX y XVIII.

De mucha categoría el concierto de Monica Huggett y la Orquesta barroca de Sevilla con un monográfico "Mozart" donde lo camerístico y lo sinfónico se acoplaron gratísimamente en múltiples sonoridades que iban cambiando según la modulación, encauzada por una violinista un tanto incómoda en el registro agudo pero siempre con un discurso elegante y profundo, el que sabría obtener en los *tutti* de la *Sinfonía nº 40*, interpretación vigorosa, flamante, con el punto ideal de carácter, enfatizado gracias a una fluida correlación de los episodios y a unos reguladores que sirvieron para perfilar frase a frase un todo lleno de sentido (esa pulcritud orquestal no es más que un distintivo de las grandes escuelas). Por su lado, el Coro barroco de



Encima de ese prodigio natural que son las Grutas de las Maravillas se erige el Castillo de Aracena, un marco ideal ubicado en plena Sierra de Huelva.

Andalucía ha venido a reimpulsar su savia ocupando nuevamente la programación del Festival: una veintena de voces reconcentradas al máximo para hallar el grado sumo de pureza y curtidas de una austeridad netamente gregoriana, premisa en un repertorio como el que hicieron en la primera parte, con matizaciones muy exactas entre el *mezzoforte* y el *mezzopiano* de manera que el público se predispusiese a una rica agógica elaborada desde el concepto narrativo hasta los detalles más sutiles que atañen a la expresividad, a flor de piel cuando abordaron Haydn y Schumann, ya aquí con un cuerpo vocal más grueso y de mayores inflexiones, las requeridas en unos deliciosos *lieder* cuyo encanto nunca fue nublado por el acompañamiento pianístico de Alejandro Casal, tan discreto como en el órgano (¡su a solo de Purcell era algo nirvánico!). "Tempus", un dúo de ministriles integrado por Francisco Orozco y José Luis Pastor, revivió canciones medievales a la luz de tañidos muy

briosos, que fluctuaban plácidamente en razón de la intensidad de la voz o cantando o recitando; ambas labores con el aliciente de un movimiento escénico donde cupieron los ademanes más refinados en esa concordia tan caballeresca (extraordinario su "Acorrernos pode" de Alfonso X el Sabio). A solas con su laúd, el estadounidense Robert Barto cautivó rápidamente al auditorio, que en sepulcral silencio abriría sus poros a esa felicidad inexplicable presente en las sonatas de Weiss, alternadas con otras de Bernhard Joachim Hagen, cuyas frases rizadas y líneas ascendentes cromáticas ratificaron la destreza de su ejecutante. El contratenor Carlos Mena y el teclista Carlos García-Bernalt, unidos bajo el epígrafe "Lux Orphei", daban un concierto marcado por la profesionalidad, hecha ver en un rigor técnico y estilístico que en ocasiones privó de naturalidad, tal como sucediera durante los pasajes cruciales del "Stabat Mater" de Saucedo, algo distante.

Buena resultó la música del *Seicento* en torno a Monteverdi y a cargo de la camerata "Iberia", cuyo director, Juan Carlos de Mulder, con el archilaúd respaldaría una interpretación que tuvo uno de sus momentos estelares en el "Ardo, ardo", antesala para una segunda parte donde los tenores Lambert Climent y Juan Sancho embellecieron sus timbres en el seno de un discurso irreprochable. Aunque su versión de "Zefiro, torna" y de la primera propina poseyeran una fuerza onomatopéyica seductora, "More hispano" planteó una idea de arte improvisatorio renacentista demasiado libre y poco fiel: actuaciones a solo más en la línea del jazz, disonancias con intervalos de segunda, trémolos inexistentes en la época, una transformación caprichosa de un instrumento de cuerda frotada en cuerda pulsada así como una descoordinación general donde un motivo propuesto al inicio del discurso no era respondido congruentemente.

Marco Antonio Molin